

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO PÉREZ PORRÚA

Raúl CARRANCA Y RIVAS*

El linaje de don José Antonio Pérez Porrúa me recuerda a su padre, del mismo nombre y apellidos, que fue un caballero, como el hijo, generoso, noble e inteligente. Y me hace recordar como ráfaga de viento memoria la colección *Sepan cuántos*, bautizada así por Alfonso Reyes y en la que por cierto he tenido el honor de escribir el prólogo de *El hombre mediocre*, de José Ingenieros, y la presencia galana tan grata a la vista y al alma del catalán Felipe Teixidor, que tradujo y escribió el prólogo de las famosas *Memorias* de la marquesa Calderón de la Barca (editadas obviamente por Porrúa), y que si la memoria no me falla era a tal grado devoto de los libros que en el comedor de su casa, en un anaqueł apropiado, lucía la famosa *Fisiología del gusto* del abogado y político francés del siglo XIX, epicúreo y gastrónomo exquisito, *anthelmebrillat-savarin*, y en la cocina las *Memorias de cocina y bodega* de Alfonso Reyes y *Cocina mexicana* de Salvador Novo y no descarto a propósito de epicureísmo que también tuviera *La casa de lúculo*, de Julio Camba. Así es como se aman los libros, con esa pasión y amor a la letra escrita.

No hay escritor sin lector ni tampoco sin editor. Es un trinomio impecable. La verdad es que se escribe para uno pero también para los demás, y para llegar a éstos es imprescindible el editor; aunque Mikawaltari diga en *Sinuhé, el egipcio* que escribe para los dioses y no para los hombres. Y como somos abogados, académicos, y como nuestros libros son ensayos jurídicos en el más amplio sentido de la palabra, evoco la figura del gran abogado, orador, político y escritor clásico Cicerón y de sus relaciones por correspondencia, aparte de las personales, con su editor ático, de las que nos habla Plutarco en sus *Vidas ejemplares*. Por cierto, es recomendable para los

* Discurso pronunciado por el Dr. Raúl Carranca y Rivas en el homenaje a don José Antonio Pérez Porrúa que se llevó a cabo en la Facultad de Derecho de la UNAM, el 11 de febrero de 2013.

alumnos de nuestra facultad y a manera de lectura propedéutica en el estudio del derecho el magnífico libro de Taylor Caldwell, *La columna de hierro*, que es la vida de Cicerón. Es que hay una vinculación estrecha entre escritores y editores, la que ha cultivado con magnífico sentido de la vida nuestro homenajeado es el trinomio de la difusión de la cultura —escritor, editor, lector—, tan próximo a nosotros los universitarios que tenemos como lema *Por mi raza hablará el espíritu*. La universidad, como se sabe, tiene tres vértices que en rigor se complementan y unen: la enseñanza, la investigación y la difusión de la cultura, los cuales no podrían cumplirse cabalmente sin los libros que son por antonomasia nuestros instrumentos de conocimiento. El libro es lo que nos une y distingue.

Ahora bien, me paseo con la memoria matizada de dulce nostalgia por el antañón barrio universitario, ustedes, jóvenes estudiantes, no lo conocieron ya que estudian en el amplio, amplísimo espacio de la Ciudad Universitaria, propio para la meditación del espíritu y para que éste hable. Pero desde la Escuela Nacional Preparatoria de mis años mozos, el antiguo Colegio de San Ildefonso donde estudiamos, con sus arquerías, sus murales de Orozco y su magnífico *generalito*, se divisa a lo lejos, hacia el oriente, la cúpula de la iglesia de Loreto que reproduce en pequeño a la capilla sixtina. Más cerca distingo a mi Facultad de Derecho, la que fuera celeberrima Escuela Nacional de Jurisprudencia (con posterioridad Facultad de Derecho y Ciencias Sociales). Un poco más allá, no mucho, se asoman la Secretaría de Educación pública y el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal (que estaba en donde los 100), de donde mi padre fuera magistrado presidente. Secretaría de educación que inevitablemente obliga a la cita de José Vasconcelos, que fue su primer titular y que era en ese tiempo candidato a la presidencia de la república, atrayendo a su círculo a jóvenes universitarios como el notable orador e historiador Salvador Azuela, Mauricio Magdaleno (autor de *Las palabras perdidas* publicado por Porrúa, donde se narra esa gesta), Alejandro Gómez Arias y Germán del Campo. Fueron también secretarios de educación pública, ya consolidada la universidad, Manuel Gual Vidal, profesor de esta Facultad, cuya obra de derecho civil ha publicado Porrúa; Agustín Yáñez, el autor de *Al filo del agua*, publicado igualmente por Porrúa; y Jaime Torres Bodet a quien le hice la última entrevista periodística en vida, escritor y poeta magnífico cuya obra es leíble en Porrúa. Por supuesto, en la misma manzana de la preparatoria se halla como faro editorial, luminoso, la casa Porrúa. Es que esta casa era —y lo sigue siendo— un punto de referencia

imprescindible en la zona. Pero si vuelvo a mirar, allí está entonces el Café de Tacuba donde a menudo desayunábamos con los libros de Porrúa sobre la mesa, repasando lección tras lección y haciendo algarabía verbal. Y un poco más lejos, además de la plaza de Santo Domingo con su Palacio de la Inquisición, hoy propiedad de nuestra universidad, y sede de algunas labores de la Facultad de Medicina, se distingue la Plaza de Minería en cuyo centro está la magnífica estatua ecuestre de Carlos IV, de Manuel Tolsá. Veo el espléndido palacio de minería, el palacio postal, el antiguo palacio de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas y el callejón de la Condesa que debe su nombre, según Artemio del Valle Arizpe o Luis González Obregón –no lo recuerdo muy bien– al hecho de que una condesa que iba en su carruaje, por tan angosta que era la calle se enfrascó en dura controversia con el viajero de otro, no queriendo ceder ninguno de los dos. Y llegando a la calle 16 de septiembre aparecen el restorán Prendes, al que iban nuestros maestros, y la Casa de los Azulejos donde solían desayunar universitarios de la talla de Antonio Martínez Báez, profesor de nuestra Facultad, constitucionalista notable, editado por Porrúa; Alfonso Noriega Cantú, eminente profesor de esta Facultad y constitucionalista también notable, igualmente editado por Porrúa; Antonio Carrillo Flores, gran teórico del derecho y que fuera nuestro director y profesor, editado por Porrúa; y Eduardo García Máynez, nuestro antiguo profesor y cuyos estudios jurídicos editados por Porrúa son de imprescindible consulta, entre otros.

Pero regreso a mi barrio universitario, guiándome por la casa editorial Porrúa. ¿qué veo? En la calle de Justo Sierra, en el número 16, el edificio señorial de la universidad que alberga al anfiteatro Bolívar, lugar de hazañas oratorias juveniles en que citábamos textos editados por Porrúa, nuestro fiel compañero en esas lides. Anfiteatro en que del 7 al 14 de febrero de 1933 tuvo lugar la famosa e histórica polémica de Antonio Caso con Vicente Lombardo Toledano, donde se discutió sobre la función de la universidad en la que hoy ustedes estudian, distinguiéndose entre idealismo y materialismo histórico aunque optándose al final, bajo la luz del maestro Caso, por una posición ideológica de libertad de cátedra y de espíritu y más allá, en la calle de Licenciado Verdad, el también edificio donde luce sus galas el paraninfo universitario. Y siempre, siempre, el punto de referencia de la casa editorial Porrúa. ¿Qué significa? La calidad humana de sus fundadores (creo que en algún momento transitó de antigua librería Robredo a lo que es hoy) y junto a ella el orgullo de ser editado por Porrúa. Es que no se explica la difusión de

la cultura general y jurídica en México sin la presencia de Porrúa. Quizá los nuevos tiempos la obliguen a publicar, como se dice, en línea, o sea, a editar libros electrónicos. No lo sé. Pero si tal sucediera tengo para mí que nunca va a desaparecer el concepto del libro Porrúa. Es decir, ese libro imprescindible para el lector por lo fino y cuidadoso de la edición, por lo difundido de ella en Iberoamérica y obviamente en España, y por ende fácil de citar.

De Ático a la fecha los editores han pasado por cuatro períodos: el de la alegría intelectual compartida con el escritor, para lo cual se volvieron sus lectores; el del interés predominantemente político, de selección del texto, lo que trajo como consecuencia un control sobre la libertad de editar; el de la posterior libertad de hablar, escribir y publicar reconocida en el artículo 11 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789; y, por último, el de la difusión masiva de libros y su capitalización. En otros términos, de ático a la fecha se ha transitado del ideal más puro compartido con el autor, lo que se revela en el epistolario entre Cicerón y Ático, a la realidad agobiadora y agotadora de la vida moderna. Se ha transitado de la creación a la mercantilización. Al libro le ha pasado exactamente lo que al hombre. Ahora bien, ¿cómo recuperar aquel noble espacio perdido? Sólo estrechando la relación entre el escritor y el editor.

Y por eso se le rinde un homenaje a don José Antonio Pérez Porrúa, porque ha sabido estrechar su relación con nosotros. Entre la Facultad de Derecho y él hay un vínculo muy especial, el de los autores, que en el mundo académico investigamos y escribimos, con el promotor editorial de nuestras ideas, formándose un binomio perfecto. La más alta misión de la universidad se cumple así plenamente: que hable en la letra impresa nuestro espíritu. Y algo más, don José Antonio, participa usted de este hablar, razón por la que se vuelve universitario. Bienvenido a nuestra casa.